



ingleses del suelo de Francia, á no ser por la intervencion de Inocencio III que pactó una tregua, en virtud de la cual Juan I conservó la Guiena y la Gascuña. Sin embargo, cuando las violencias de Juan I provocaron una guerra con la Santa Sede, Felipe Augusto se preparó para hacer una expedición á Inglaterra; pero renunció á ella cuando se reconciliaron Juan I é Inocencio III, y dirigió sus armas contra su vasallo, el conde Ferrando de Flándes, que habia hecho alianza con el rey de Inglaterra, el emperador Othon IV, los duques de Brabante y de Limburgo, y el conde de Holanda. Los príncipes aliados perdieron la gran batalla de Bouvines, en la que el conde de Flándes cayó prisionero, y Francia robusteció el poder real. El tratado de Chinon puso fin á la guerra entre Felipe Augusto y Juan I.

Juan I, príncipe ambicioso, cruel y pérfido, ocupó el trono de Inglaterra á la muerte de su hermano Ricardo Corazon de Leon, en perjuicio de su sobrino Arturo, todavía menor de edad. Juan hizo dar muerte á este jóven príncipe, Felipe Augusto le declaró la guerra y le arrebató todas las provincias que poseia en Francia á título de feudos de la corona. Vuelto á su reino, menospreció los derechos de la Iglesia, dando á su favorito Juan de Gray la silla de Cantorbery en sustitucion del cardenal Langton, que habia sido elegido canónicamente. Inocencio III, despues de haber empleado los medios persuasivos y dulces, puso en interdicto á Inglaterra; pero el rey, que habia alistado numerosas tropas mercenarias para ejecutar sus órdenes, despreció la sentencia de la Iglesia y persiguió á los que querian conformarse con ella. El papa entónces pronunció la excomunion contra este príncipe impío y relevó á sus subditos de la palabra de fidelidad; al mismo tiempo encargó á Felipe Augusto la ejecucion de la sentencia. Viéndose Juan en peligro de perder su trono, se sometió y reconoció vasallo de la Santa Sede.

Á pesar de los reveses experimentados, Juan I no cambió de conducta; tiranizó á Inglaterra de un modo intolerable, y violó sin escrúpulo los derechos de la nobleza y de las ciudades. Una insurreccion estalló al fin contra

él: los barones, á cuya cabeza estaba el arzobispo de Cantorbery, Estéban Langton, reunieron un numeroso ejército y obligaron al rey á firmar la carta magna de las libertades, que confirmaba nuevamente los derechos y privilegios del clero, de los barones y de las ciudades, y regulaba la administracion de justicia. Pero Juan I consiguió engañar al papa Inocencio III, y á petición de aquél declaró nulas las concesiones arrancadas al rey por la fuerza de las armas. Éste alistó un nuevo ejército de mercenarios, y marchó contra los barones que habian reunido á sus vasallos. La guerra civil estalló de nuevo y los barones ofrecieron la corona de Inglaterra al príncipe frances Luis, hijo de Felipe Augusto, que la aceptó y se trasladó á Lóndres. Pero la muerte de Juan I puso fin á la guerra: los barones reconocieron por sucesor suyo á su hijo Enrique III, que solamente tenia diez años. Luis abandonó á Inglaterra, y la carta de Juan I fué confirmada solemnemente.

Felipe Augusto empleó los cuarenta años de su reinado en consolidar la monarquía francesa. Su hijo Luis VIII tomó á los ingleses el condado de Poitou, é invadió el condado de Tolosa, que le habia cedido Amary de Monfort. La ciudad de Tolosa cayó en su poder; pero murió sin haber podido terminar la guerra. Como su hijo Luis IX no tenia más que nueve años, su viuda Blanca de Castilla tomó las riendas del gobierno, terminó la conquista del mediodía de Francia y puso fin á las largas guerras contra los albigenses. La piadosa regente supo mantener con energía su autoridad contra los señores que habian formado una liga y llamado en su auxilio al rey de Inglaterra. Blanca separó de la liga al conde Teobaldo de Campaña, sometió á los demas señores é hizo la paz con Enrique III de Inglaterra, que habia desembarcado con un ejército en las costas de la Bretaña. La reina madre administró el reino diez años, hasta que su hijo primogénito Luis IX, á quien habia dado una esmerada educacion, se halló en estado de encargarse del gobierno.

San Luis subió al trono á la edad de diez y nueve años, y en él dió ejemplo de todas las



virtudes que son el adorno del cristiano y la gloria de los príncipes. Su reinado, rara vez perturbado por guerras, es una de las épocas más importantes de la historia de Francia. Este príncipe consolidó la monarquía por los tratados de paz y por las alianzas con los reyes de Aragon, Navarra é Inglaterra. Jaime de Aragon, descendiente de la familia de los condes de Barcelona, renunció sus derechos de soberanía sobre los condados de Tolosa, de Beziers y de Carcasona, que acababan de ser agregados á los dominios de la corona de Francia, á consecuencia de las guerras contra los albigenses: San Luis, por su parte, hizo otro tanto con el condado de Barcelona. Casó á su hija con Teobaldo II, rey de Navarra, nieto del conde Teobaldo de Campaña, y preparó la reunion de este país á Francia. Un tratado con Enrique III determinó las relaciones entre Francia é Inglaterra: Enrique III renunció sus pretensiones sobre la mayor parte de las antiguas posesiones inglesas en Francia, y recibió de San Luis la investidura de los ducados de Guiena y de Gascuña, aumentados con el Lemosin, Perigord y Quercy.

San Luis tomó medidas muy importantes en favor de la prosperidad interior de su reino, y consiguió hacer desaparecer, al ménos en parte, los abusos, del régimen feudal, y ensanchó la esfera de accion de su autoridad. De este modo limitaba el derecho que tenian los señores de administrar justicia por la fuerza armada, y estableció dos tribunales supremos, á los que podia apelarse de las decisiones de los tribunales señoriales. Se reservó tambien el derecho de confirmar la eleccion de los magistrados en las ciudades que tenian constituciones comunales, é impuso á estos magistrados la obligacion de darle cuenta anual de su gestion. San Luis confirmó además los derechos y privilegios del clero por medio de un decreto que se denomina pragmática sancion, y favoreció la fundacion de la universidad de París. Finalmente, emprendió dos cruzadas, y murió en su campamento delante de Túnez. Al canonizarle, veintiseis años despues, el papa Bonifacio VIII, no hizo más que ratificar la veneracion en que le tenia toda Europa.

En tanto que la Francia disfrutaba del beneficio de un gobierno prudente é ilustrado bajo San Luis, Inglaterra estaba agitada de continuo por desórdenes que duraron todo el reinado de Enrique III.

Estos desórdenes reconocian por causas el carácter débil é inconstante del monarca y los favores concedidos á los señores franceses establecidos en Inglaterra á expensas de la nobleza inglesa. Pedro de las Rocas, obispo de Winchester, habiendo obtenido la confianza del rey, destituyó á Huberto de Burgh, que habia sido regente del reino durante la minoridad de Enrique III. La nobleza manifestó entónces su disgusto y obligó al rey á despedir á su favorito. Pero despues del casamiento de Enrique III con Leonor de Provenza, el partido frances consiguió en la córte el apoyo de la reina, que dió las más elevadas dignidades del reino á sus parientes; por otra parte, el rey no respetaba la carta magna, con lo cual disgustaba más y más á la nobleza, que al fin terminó por reconocer como jefe á Simon de Montfort, conde de Leicester, á quien Enrique III colmó de favores, le nombró gobernador de la Guiena y le dió por esposa á su hermana Leonor. Aprovechándose de este descontento, el conde de Leicester comprometió á la nobleza para que tomara las armas en defensa de sus derechos y obligara al rey á convocar el parlamento en Oxford. Se nombró una comision de veinticuatro miembros, presidida por el conde de Leicester, y se apoderó del gobierno del reino, bajo pretexto de corregir los agravios hechos á la nobleza. Pero los barones no permanecieron unidos, y habiendo conseguido el rey recobrar su autoridad, obligó al conde de Leicester á retirarse á Francia. Leicester, sin embargo, volvió al año siguiente, y consiguió que se adhirieran á su causa una parte de los habitantes de las ciudades y la nobleza de segundo órden. Poco despues se puso al frente de un ejército y estalló la guerra. El rey y su hermano Ricardo de Cornuailles cayeron en poder de los rebeldes en la funesta batalla de Lewes. Entónces el conde de Leicester gobernó el reino y reunió en parlamento á los diputados de los condados elegidos por los caballe-



ros y á los diputados de las ciudades, que tomaron asiento al lado de los barones eclesiásticos y legos. Pero murió al año siguiente en la batalla de Evesham contra el príncipe Eduardo, hijo primogénito de Enrique III, el cual

murió cinco años despues, dejando el trono á su hijo Eduardo I, que reparó los males causados á Inglaterra durante el reinado de su padre.

CAPÍTULO IV

Tentativas para restablecer el predominio del Cristianismo en Oriente.—Las Cruzadas (1).

Los monumentos cristianos del siglo III revelan ya el amor y el fervor piadoso que impulsaba á los fieles á visitar los Santos Lugares que el Señor habia recorrido durante su vida mortal, llenado con sus beneficios, y en donde habia sufrido la muerte para dar la vida á la humanidad. Estas santas peregrinacio-

nes eran, sin embargo, poco frecuentes, porque las condiciones exteriores en medio de las cuales vivian los cristianos, las hacian casi imposibles. Pero despues que Constantino declaró que el cristianismo era la religion dominante del imperio romano, cuando su piedad, y la de su madre Elena, haciendo de la Ciudad Santa el objeto de su particular solicitud, la adornaron con templos espléndidos, y el culto cristiano se desplegó en ella con toda su magnificencia, los fieles corrieron en tropel á Jerusalem desde todas las partes de la tierra, sin que nada bastára para contener el ímpetu de su piedad, hasta el momento en que la Ciudad Santa cayó en poder de los mahometanos. Hasta los mismos primeros califas miraban con mucho respeto á Jerusalem, porque honraban á Abraham y á los antiguos patriarcas, y consideraban á Jesucristo como un profeta divino. La instintiva tolerancia de los califas con los cristianos, fué posteriormente favorecida por las ventajas intelectuales que los griegos proporcionaron á los musulimes. Cuanto más se estrechaban las relaciones de los mahometanos con los cristianos, tanto más florecieron las artes y las ciencias, especialmente desde Harun-al-Raschid, y ménos se incomodó á los cristianos de la Ciudad Santa en el ejercicio de

(1) J. Bongars, *Gesta Dei per francos, sive orientaliū expeditionum et regni Francorum hierosolymitani historia* (ab. ann. 1095-1420), à variis sed illius æri scriptoribus litteris commendata. Hanoviae, 1611, 2 tomos en un vol. in fol.—(G. T. Lotholz, *Commentarius de Bongarsio singulisque ejus equalibus*. Weimariae, 1857).

Coleccion de los historiadores de las cruzadas, publicada bajo los auspicios de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras. *Historiadores occidentales*, Paris, 1841-1844, 1859-1866; 3 tom. in fol. (Los tomos I y II, contienen á Guillermo de Tiro y sus sucesores, hasta 1261.)

Coleccion de los historiadores de las Cruzadas, Leyes, Tribunales de Jerusalem, ó recopilacion de las Obras de Jurisprudencia vigentes en el siglo XIII en los reinos de Jerusalem y de Chipre; 2 tom. in fol.

J. Michand, *Biblioteca de las Cruzadas*, 2 vol. 1822.—Michand, *Historia de las Cruzadas*, 4.ª edicion, Paris, 1825-1829, 6 vol. con mapas y láminas.

T. Wilken, *Geschichte der Creuzzuge nach morgenland und abendle Berinchten*. Leipzig, 1807-1813, 1817-1822, 7 vol.—Wilken, *Comentario de bellorum cruciatorum ex Abulfeda historia*. Gotinga, 1798.—J. H. Petermann, *Beitrag zur Gerichte de Creuzzuge ans armen. Quellen*. Berlin, 1860.